

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 21 de Agosto de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 34

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



MUJERES NAPOLITANAS

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*Mi única poesía*, por Luis Bonafoux.—*Flores impuras*, por Teodoro Llorente.—*El collar de brillantes*, por Guy de Maupassant.—*Dante presente la muerte de Beatriz*, por V. Colorado.—*Ceremonias fúnebres de los moros españoles*, por Julián Ribera.—*Psicologías*, por Anselmo Guerra.—*El te*, por Eduardo Toda.—*Percheleras*, por Narciso Díaz de Escovar.—*Spirito gentil*, por M. Corral Caballé.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*Entusiasmo*, por Teodoro Guerrero.—*La vida en el Japón* (continuación), por M. Constant.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

GRABADOS: Égloga.

FOTOGRAFADOS: Mujeres napolitanas.—Un día de campo.—Monumento á Colón en Méjico.—Puerto y muelle de Santa Cruz de Tenerife (Canarias).

CRÓNICA

PANGLÓS ha derrotado á Schopenhauer.

El pesimismo ha tenido que vestirse de color de rosa y, dejando su aspecto grave y atrabiliario, reir y saltar como un loco gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Vivimos en el mejor de los mundos posibles!

¿Qué ó quién ha operado milagro tan portentoso?

Unas hojas de papel impreso, unos miserables prospectos que en las calles de la villa y corte se reparten á granel entre los transeuntes.

¿Qué dicen?

En la primera línea, y con letras de á puño, se ve, más que se lee, impreso, la siguiente mágica palabra:

RESTAURANT

A pesar de que la palabreja no figura en el Diccionario de la Lengua, ni es castellana ni mucho menos, todo el mundo sabe lo que quiere significar.

Se trata de comer, y la digestión es el sólo principio (con ó sin postres) democrático que ha realizado la igualdad entre los hombres y para el cual no hay fronteras.

Facilitar á la humana especie el medio de llenarse la andorga es contribuir, si no al progreso, á que se propague la alegría y la felicidad en las naciones, porque tripas llevan pies y de la panza sale la danza, como diría Sancho.

Pues bien; este ideal de comer mucho y bien, al alcance de todos los sexos, edades y fortunas, lo han logrado con creces esos prospectos.

¡Dichosos los que padezcan sed de vino y hambre de chuletas, porque ellos se verán hartos!

Por la módica, insignificante y baladí cantidad de una peseta, los señores anunciantes «tienen el honor de ofrecer al respetable público», un almuerzo (ó comida) compuesto de tres platos, pan, vino y postres.

Y no crean Uds. que esos platos son cualquier cosa: huevos fritos ó tortilla á la francesa, beefsteak con patatas y otro de pescado á libre elección.

Los precios de esos artículos en el mercado, y con arreglo á cada ración, son los siguientes:

Un panecillo.....	10	céntimos.
Una botella, chica, de vino....	25	»
Un par de huevos.....	20	»
Un filete de carne.....	30	»
Un cuarterón de merluza.....	25	»
Fruta y pastas.....	10	»
Patatas, aceite, manteca, especias, carbón, sal, etc., etc.....	10	»
TOTAL.....	1,30	»

Es de suponer, además, que esos *restauradores* del linaje humano pagarán también una contribución por ejercer su industria, el alquiler del local que habitan, una larga servidumbre; renoverán los cacharros que desaparezan ó se rompan; y ellos (los fondistas) no andarán desnudos ni se mantendrán del aire; pongan Uds. en estos conceptos 20 céntimos más por ración, y resulta que esos caballeros pierden dos reales por cada servicio.

Pero esto es poco todavía; entre los anuncios que han venido á mis manos hay uno que por dos pesetas ofrece: *puré de cangrejos, cocretas de pechugas de ave, lenguados, langosta, jabali, pollo asado, ponche helado, flan, quesos, frutas, dulces variados, vino de dos marcas distintas y entremeses abundantes.*

Después de leer esto, recuerdo que el viaducto está custodiado por parejas de orden público, á fin de que los suicidas no se estrellen los sesos en la calle de Segovia.

¿No sería mucho mejor custodiar las puertas de esos restaurants y llevar á la prevención á sus parroquianos?

Porque, suicidio por suicidio, es preferible morir aplastado en un instante que no envenenarse lentamente con pescado podrido, carne de Dios sabe qué bestias muertas de..... ¡vaya Ud. á adivinar qué enfermedades! y vinos que sólo de tales tienen el nombre.

**

A raíz de haber tratado de comer, nada más oportuno que traer á cuento á los maestros de escuela....., que viven en perpetuo ayuno.

Veán Uds. si no lo que ha ocurrido en Málaga el día 15 del actual.

Cuando más concurrido estaba el principal paseo de aquella población, apareció un hombre con el rostro escuálido, el traje hecho jirones y con un gran cartel que decía en letras enormes:

«El maestro de primera enseñanza de Benagalbón, falto de recursos y en la mayor miseria, implora la caridad pública.»

El escándalo que se armó en el paseo fué mayúsculo; los comentarios que se hacían en voz alta, estupendos; los agentes de la Autoridad intervinieron y suplicaron al «ilustrado mendigo» que.....

¿Que aceptase un cubierto?

No.

Que se retirase.

Supongo que el maestro replicaría á su vez:

—También yo he suplicado que me satisfagan mis haberes, y he predicado en desierto; ya que me muero de hambre enseñando á leer y á escribir á los muchachos, déjenme Uds. á ver si saco para un panecillo enseñando mis carnes escuetas á la gente.

**

En Londres se ha empezado á usar un nuevo pavimento, compuesto de corcho desmenuzado, aglutinado con un betún asfáltico, con lo que se hacen bloques que se asientan como los tarugos de los pavimentos de madera. En las aceras es muy cómodo para los transeuntes, produciendo una sensación agradable análoga á la de pisar alfombra, y en el centro de las calles evita mejor que los pavimentos de madera el resbalamiento de los caballos. Se ha empleado con buen éxito este sistema en Liverpool Street, E. C., en Gresham Street y en la Australia.

Hé aquí un pavimento de corcho que nos viene á los españoles como llovido del cielo.

Para comodidad de los transeuntes, en primer término.

Y, en segundo lugar, para dar salida á los muchos alcornoques literarios y políticos que tenemos.

**

Han llegado esta semana á Madrid: D. Leonidas Pallarés Arteta, Delegado del Gobierno de la República del Ecuador; D. Fulgencio Mayorga y D. Rubén Darío, Delegados de Nicaragua, que vienen como representantes de dichos Estados para asistir á las fiestas del Centenario.

Saludamos cordialmente á dichos señores, uno de los cuales, Rubén Darío, es quizá el primer poeta lírico de América, tanto por su originalidad como por lo clásico de su estilo y la profundidad de sus pensamientos.

J. G. M.

MI ÚNICA POESÍA

EN un Seminario de jesuítas escribí unas seguidillas, ó cosa así, que guardaba como oro en paño, porque comparando mis versos con otros que circulaban, acompañados de bombo y platillos, me parecían excelentes... Eran un castigo, quiero decir que los escribí mientras cumplía una penitencia, cara á una pared y á pie firme, oyendo con envidia el bullicioso regocijo de mis compañeros que no estaban castigados.

¡Con cuánto enojo miraba yo entonces á los reverendos Padres del Seminario! Tenía resuelto, en saliendo de allí, hacer una herejía con algunos de los jesuítas, especialmente con mi profesor de retórica y poética; nadie habría podido quitarme la idea de fundar una sociedad dedicada

á matar jesuítas. Y, sin embargo, cuando encontré, á vuelta de algunos años, y en una ciudad de Castilla la Vieja, al odiado fraile, sin poderlo remediar corrí presuroso á sus brazos. Gustaba mucho de ir á su celda, en donde me hablaba de las cosas del cielo, y yo á él de las de la tierra, con la mutua confianza de dos almas que, marchando por opuestos caminos, se unen y confunden en el amplio horizonte de la amistad sincera. A él le guiaba la antorcha de la fe, soberana de su conciencia; á mí la antorcha de la razón, soberana del mundo; y el azaroso camino de la vida, iluminado de tan vario modo, aparecía para nosotros con distintos atractivos y con diferentes asperezas... Recordaba él mis antiguas travesuras, recordaba yo los castigos que me impuso, reíamos ambos con loca alegría de vernos juntos, y entre diálogo y diálogo, y al amor de la lumbre de nuestras disquisiciones, pasábamos dulces horas, honrado yo por haber sido su discípulo, satisfecho él por haber sido mi maestro...

Tuve ocasión de salir del Seminario á respirar el aire libre del campo, y volaba por la calle con mi poesía, es decir, con mi tesoro (porque estaba dedicada á mi madre), hasta que llegué á la redacción de un periódico dirigido por un hombre muy sensato é ilustrado, y sin saludarlo me manifesté mi pretensión de publicar los versos. Miró de hito en hito al suelo, de donde apenas levantaba yo dos cuartas, y vuelto luego de la sorpresa que le produjo el atentado, me dijo con benevolencia que envolvía una mentira, la única tal vez que echó en su vida aquel santo varón:

—Mejor es que guardes tus versos... *No son malos...*, pero tu madre los merece mejores.

Lloré..., no por el desaire, sino porque lloraba entonces, sin poderlo remediar, siempre que me acordaba de mi madre, y sentía mucho no poder ofrecerla aquellos versos, porque ella, después de leerme todas las noches poesías de Musset y de Bécquer, me decía al meterme en el lecho: «la primera poesía que escribas, hijo, me la dedicarás.»

Sonaba luego con mi madre, con Bécquer y Musset, con la poesía, en fin, y en sueños veía á veces entrar por la puerta de mi cuarto á un hombre imperturbable, que aproximándose á mi lecho me decía tranquilamente: «Tú no serás poeta.»

Aquella pesadilla de mi infancia se realizó *afortunadamente*. Porque he llegado á convenirme de que los hombres que escriben versos son los que tienen menos corazón...

LUIS BONAFOUX.

FLORES IMPURAS

(Traducción de Francisco Coppée.)

En primavera mañana
vi, claudicantes y trémulos,
con un ataúd de niño,
pasar dos sepultureros.

Llevábanlo como un fardo
cualquiera; sin ningún séquito:
¡ni un ramo, ni una corona
sobre el blanquecino lienzo!

¡Qué cuadro! Espantoso drama
soñé: sobre infame lecho
de un hospital, la culpable
madre, llorando y rugiendo;

sin comprender que la muerte
evita mayores duelos
al lastimoso bastardo
que va al hoyo antes de tiempo.

De pronto, alegre mozueta,
agarrada á su cortejo,
con sus cintas y sus gasas
rozó el miserable féretro.

Cual suelen estas muchachas,
iba charlando y luciendo
labios demasiado rojos,
párpados sobrado negros;

y en la diestra juguetea
un ramillete de esos
que en Abril, á cada esquina,
venden por algunos céntimos.

Al ver la fúnebre caja
sus ojos se humedecieron,
y compasiva, á su modo,
fué á dar sus flores al muerto.

Pero detuvo su mano
involuntario respeto;
cayó á tierra el ramillete,
pasó adelante el entierro.

**

Mujer que en el lodo vives,
he visto bien lo que has hecho:
al mundo tu honrado escrupulo
quisiera dar como ejemplo.

Alma encierras casta y digna
en tu mancillado pecho:
para el párvulo inocente
juzgaste impuro tu obsequio.

El ramillete ofrecido
retiraste: hubiste miedo

de que lastime á la madre sospechoso ofrecimiento.

Hasta en la muerte respetas á la infancia. Valen menos muchas dudosas virtudes que tu amargo y triste esfuerzo.

Y el niño, á quien tu alma púdica negó un don de poco aprecio es, ¡pobre mujer!, un ángel que tu perdón pide al cielo.

TEODORO LLORENTE.

EL COLLAR DE BRILLANTES



ERA una encantadora joven, nacida, por un error del destino, en una familia de empleados.

No tenía dote ni esperanzas de ser amada ni casarse con un hombre rico y distinguido; y se dejó casar con un empleado del Ministerio de Instrucción pública.

Fué sencilla, no pudiendo ir compuesta, pero desgraciadamente como si estuviera fuera de su centro; porque las mujeres no tienen casta ni ra-

vento, á quien no quería ir á ver por lo mucho que sufría á la vuelta; y lloraba los días enteros, de pena, de sentimiento, de desesperación.

**

Un día, su marido entró con aire satisfecho y teniendo en la mano un sobre grande.

—Toma,—la dijo,—es para ti

Ella rompió el sobre y sacó una tarjeta que decía:

«El Ministro de Instrucción pública y madama Georgina Ramponneau ruegan á M. y Mad. Loisel les hagan el honor de venir á pasar la noche al Hotel del Ministerio el lunes 18 de Enero.»

En lugar de alegrarse, como esperaba su marido, tiró desechada la invitación sobre la mesa y dijo:

—¿Qué quieres tú que yo haga con esto?

—Pues, querida, yo pensé que te pondrías muy contenta. ¡Tú no sales nunca, y esta es una ocasión, y muy buena! Me ha costado un trabajo atroz el conseguirla; todos las quieren; son muy buscadas y no se han dado á muchos empleados. Allí verás á todo el mundo oficial.

Ella le miró fríamente y dijo con impaciencia:

—¿Qué quieres tú que yo me ponga para ir á ese baile?

Él, que no había pensado en aquello, balbuceó:

Ella respondió:

—Me fastidia no tener ni una alhaja, ni una piedra, nada que ponerme. Iré como una pobretona, y mejor querría no ir á esa *soirée*.

El dijo:

—Ponte flores naturales. Por diez francos puedes comprar dos ó tres rosas magníficas.

Ella movió la cabeza y dijo:

—No, no hay nada más humillante que tener aire de pobre en medio de mujeres ricas.

—Pues ves á ver á tu amiga Mad. Forestier y dile si quiere prestarte alguna alhaja; creo que tienes bastante confianza para pedirle eso.

Ella dió un grito de alegría.

—Es verdad, tienes razón, no lo había pensado.

Y al otro día fué á casa de su amiga y le dijo su pretensión. Mad. Forestier fué á un armario, y sacando un ancho cofrecillo, lo puso delante de la joven y le dijo:

—Escoge, querida mía.

Y le presentó brazaletes, un collar de perlas, broches, y Matilde se los ponía y se miraba al espejo y no se decidía por ninguno; pero de pronto descubrió en un estuche de terciopelo negro una magnífica *riviére* de brillantes, y su corazón latió con violencia, sus manos temblaban al tomar la joya, se la puso y se quedó estática delante del espejo; después dijo vacilando:

—¿Podrías prestarme esto? Sólo esto.

—Sí, hija mía, la que tú quieras.



ÉGLOGA

za; su belleza, su gracia y su encanto, las sirve de nacimiento y de familia.

Su finura nativa, sus instintos elegantes, su ductilidad de espíritu, son las únicas jerarquías, y hacen las hijas del pueblo iguales á las más altas damas.

Sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos, sufría con la pobreza de su casa, la desnudez de las paredes, lo gastado de los asientos, la fealdad de las telas; todas esas cosas, de las que otra mujer de su clase no se daría cuenta, la atormentaban.

Pensaba en los grandes salones cubiertos de seda antigua, en los muebles preciosos cargados de bibelots de gran precio, y en los gabinetitos coquetones, perfumados, hechos para la tertulia íntima de los hombres conocidos y de cuya atención desean todas las mujeres.

Cuando se sentaba para comer á la mesa, cubierta con un mantel de blancura dudosa, delante de su marido, que descubriendo la sopera con aire contento decía:—¡Ah, qué bueno es el puchero! Yo no sé que haya nada mejor que esto.....—ella pensaba en las comidas finas, con la plata reluciente, pensaba en los platos exquisitos servidos en ricas vajillas, en las galanterías dichas al oído y escuchadas con unas sonrisas de esfinge, mientras se come la carne rosada de una trucha ó las alas de un faisán.

No tenía trajes ni alhajas, y la gustaba todo eso; se sentía nacida para agradar, para ser envidiada.

Tenía una amiga rica, una compañera del con-

—Pues..... el traje que llevas cuando vamos al teatro, á mí me parece muy bien;—pero se calló estupefacto, trastornado, al ver que su mujer lloraba.

—¿Qué tienes? ¿qué tienes?—la dijo.

Por un esfuerzo de su voluntad ella reprimió su pena y dijo con calma enjugando sus ojos húmedos:

—Nada; sólo que como no tengo traje no puedo ir á esa fiesta; dale la tarjeta á algún amigo cuya mujer esté mejor equipada que yo.

El estaba desolado, y dijo:

—Dime, Matilde, ¿cuánto costará un traje conveniente que pueda servirte para otras ocasiones y que sea muy sencillo?

Ella lo pensó un rato, y luego le dijo:

—Yo creo que con cuatrocientos francos podré arreglarme.

El palideció un poco, porque tenía ahorrada aquella cantidad con el fin de comprarse una escopeta, una escopeta de caza, único placer que se permitía en toda su vida de empleado.

—Bueno; te daré los cuatrocientos francos, pero trata de comprar un buen vestido.

**

El día de la fiesta se acercaba, y Mad. Loisel parecía triste, ansiosa, inquieta, á pesar de que su traje estaba dispuesto. Su marido la dijo una noche:

—¿Qué tienes? Estás preocupada hace unos días.

Abrazó á su amiga, besándola con transportes de agradecimiento, y echó á correr con su tesoro.

**

Llegó el día de la fiesta.

Mad. Loisel obtuvo un éxito; estaba más bonita que todas, elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría; todos los hombres la miraban preguntando su nombre y solicitando el serle presentados; todos querían bailar con ella; hasta el Ministro se fijó y preguntó quién era.

Ella bailaba con frenesí, ébria por el placer, no pensando en nada más que en el triunfo de su belleza, en la gloria de su éxito, rodeada por una nube de felicidad compuesta de todos estos homenajes, de todas aquellas admiraciones, de todos aquellos deseos despertados, de aquella victoria tan completa y tan dulce al corazón de las mujeres.

Se marcharon después de las cuatro de la madrugada; su marido, desde media noche, dormía en un saloncito con tres ó cuatro señores, cuyas mujeres se estaban divirtiendo mucho.

Echóla él sobre los hombros el pobre abrigo que tan mal sentaba con la elegancia del traje de baile, y ella corrió para que no le vieran aquel abrigo las otras señoras que iban envueltas en ricas pieles. Loisel la decía:

—Espera, vas á coger una pulmonía; voy á ver si encuentro un coche.

Pero ella no le escuchaba y bajaba precipitadamente la escalera.

Cuando estuvieron en la calle empezaron a andar en busca de un coche, tiritando y desesperados; por fin encontraron uno que los llevó, y al subir las escaleras de su casa pensaban con tristeza, ella que todo había concluido, y él, que a las diez tenía que estar en el Ministerio.

Matilde se quitó el abrigo y fué al espejo a mirarse otra vez en su gloria; pero dió un grito, porque vió que no llevaba la *rivière*.

Su marido, que ya estaba desnudándose, la dijo:

—¿Qué tienes?

Ella se volvió como una loca.

—Que... que... no tengo los brillantes de madame Forestier.

Irguióse él asustado:

—¿Qué?... ¿Cómo? ¡Eso no es posible!

Y buscaron en los pliegues del traje, pero nada se encontró, y el pobre hombre, volviéndose a vestir, salió desesperado.

Ella seguía en traje de baile sin acostarse, muerta de frío y de angustia.

Loisel volvió por la tarde con la cara pálida, trastornado; no había encontrado nada á pesar de sus pesquisas.

—Tienes que escribir á tu amiga que se ha roto el broche y que así que lo consigas se lo llevarás; eso nos dará algún tiempo hasta ver.

Al cabo de una semana ya no tenían esperanza, y Loisel, que había envejecido cinco años, dijo:

—Hay que comprar otra joya igual para tu amiga.

Entonces fueron de joyero en joyero, buscando una joya igual, enfermos de pena y de angustia.

Por fin encontraron una por la cual les pidieron cuarenta mil francos; pero se la dejaron en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que no la vendiera hasta esperar tres días, y le pusieron por condición que la volvería á tomar por treinta y cuatro mil francos si la alhaja perdida se encontraba antes de fin de Febrero.

Loisel poseía diez y ocho mil francos que le había dejado su padre; tenía que tomar prestado lo restante; firmó pagarés ruinosos, comprometió su firma con usureros, y espantado por las angustias del porvenir, por la negra miseria que se cernía sobre ellos, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fué á buscar la nueva *rivière* y puso sobre el mostrador del comerciante los treinta y seis mil francos.

Cuando Mad. Loisel devolvió la alhaja á madame Forestier, ésta no abrió el estuche, que es lo que ella temía, no fuera á notar la sustitución y la tomara por una ladrona.

* *

Mad. Loisel conoció la vida horrible de las necesidades, pero tomó su partido heroicamente y no trató más que de pagar aquella deuda; despidió la criada y se fueron á vivir á una buhardilla.

Conoció los trabajos de la casa, el odioso oficio de la cocina; lavaba la loza, jabonaba la ropa, las camisas y hasta las rodillas; bajaba por las mañanas la basura, y subía el agua, deteniéndose en cada descansillo para respirar; vestida como una mujer del pueblo, hacía toda clase de compras, regateando y defendiendo los céntimos, porque cada mes había que renovar los pagarés y pagar otros.

El marido trabajaba por la noche en arreglar las cuentas de un comerciante y copiaba á cinco céntimos la página.

Esa vida duró diez años. En este tiempo pagaron todo, el capital y los réditos.

Mad. Loisel era una vieja; se había hecho fuerte y dura, mal peinada, con las manos encarnadas; hablaba á gritos y fregaba el suelo; pero algunas veces, cuando estaba sola, pensaba en aquel baile, donde había estado tan hermosa y tan festejada.

¿Qué hubiera sucedido si la joya no se llega á perder? ¿Quién sabe? ¿quién sabe? ¿Qué extraña es la vida! ¡Y en qué poco estriba que uno se pierda ó se salve!

• •

Un domingo fué á dar un paseo á los Campos Eliseos y encontró á Mad. Forestier, siempre joven y bella, siempre seductora.

Mad. Loisel se sintió conmovida y fué á hablarle.

—Buenos días, Juana,—la dijo.

La otra no la reconocía y se asombraba de ser llamada en tono tan familiar por una mujer del pueblo.

—Señora,—la dijo,—Ud. se equivoca.

—No, yo soy Matilde Loisel.

Su amiga dió un grito.

—¡Oh!... mi pobre Matilde, ¡cómo has cambiado!...

—Sí, he pasado muchos trabajos desde que no nos vemos, y muchas miserias... ¡Y todo por causa tuya!...

—¡Mial!... ¿Cómo es eso?

—¿Te acuerdas de la *rivière* de brillantes que me prestaste?

—Sí; ¿y qué?

—Pues la perdí.

—¿Cómo! si me la devolviste.

—Te devolví otra igual, y hace diez años que la estamos pagando; ya comprenderás que era mucho para nosotros, que no teníamos nada.

Mad. Forestier la dijo:

—¿Dices que has comprado una *rivière* de brillantes para reemplazar la mía?

—Sí. No lo has notado, porque era igual.

Mad. Forestier, muy emocionada, la cogió las dos manos y le dijo:

—¡Oh! ¡Pobre Matilde! Pero si la mía era falsa, y lo más que valía eran doscientos cincuenta francos!...

GUY DE MAUPASSANT.

DANTE PRESIENTE LA MUERTE DE BEATRIZ

Yo no sé qué relación entre las cosas existe, que cuando todo está triste también lo está el corazón.

Tal vez, adverso ó dichoso, aquello que nos rodea, para nuestras almas sea un aviso misterioso.

Inquieto, preocupado, febriles la fantasía y el cuerpo, no bien el día las sombras hubo ahuyentado,

cuando, como ave que espera la primera luz del cielo para remontar su vuelo por la cristalina esfera,

la ciudad dejé tras mí más puro ambiente anhelando respirar, y andando, andando, en el bosque me perdí;

que, siempre que absorto está en el alma el pensamiento, nuestro cuerpo, como el viento, va sin saber dónde va.

No sé cuánto tiempo estuve pensando en... yo no sé qué, ni tampoco decir sé dónde fui ni cuánto anduve;

muy lejos de ser debió, pues el sol salió conmigo y ya en el cenit, testigo de mis ansias, me avisó.

Ello es que al volver atrás me sorprendió de repente un grupo que de mi mente no se borrará jamás.

Con paso temblón y breve vi á dos míseros ancianos conduciendo entre sus manos mortaja de blanca nieve,

y en el rústico ataúd, descansando, una doncella... ¡la muerte tenía en ella hermosura y juventud!

Con su triste carga, aquellos ancianos, iban seguidos de un perro, cuyos aullidos erizaban los cabellos.

Los vi avanzar hacia mí como sombras; los despojos pasaron ante mis ojos y á lo lejos les perdí.

Pensando en la infausta suerte de aquel fúnebre cortejo, vió mi espíritu perplejo mil pronósticos de muerte.

—¡Ay!, pensé, *llegará un día en el que mi único bien, mi amada, muera también y ya nunca más sea mía...*

Tal idea, tal martirio, obscureció mi razón, cayendo mi corazón en un infernal delirio.

Entonces comencé á oír mil voces que me aturdían, y las cuales repetían:

—¡También ella ha de morir!

Mujeres con los cabellos tendidos, desordenados, ya sueltos ó ya enroscados como sierpes á sus cuellos:

—¡También ella morirá! gritaban; luego pasaron, y de allí á poco tornaron diciéndome:—*¡Ha muerto ya!*

La luz del sol se extinguió; las estrellas, que lucieron un punto, se obscurecieron, y la tierra enmudeció.

Sentí en seguida el profundo trepidar del terremoto, y en un instante vi roto, caído y volcado el mundo,

al par que alguien me decía en el espacio desierto:

—*¡Todo acabó. todo ha muerto y tú vives todavía!*

Entonces á mi conciencia

se aclaró el obscuro enigma, sintiendo como un estigma el peso de la existencia.

—*¡Oh muerte!, prorrumpí, ven. aunque el infierno me espere, cuando todo acaba y muere yo debo morir también.*

Y, con la angustia que trae consigo el dolor, perdí toda memoria y caí como cuerpo muerto cae.

V. COLORADO.

CEREMONIAS FÚNEBRES

DE LOS MOROS ESPAÑOLES



o escasean los libros de liturgia y otras materias religiosas de nuestros moros, en las colecciones de manuscritos que de ellos se conservan; quizá, quizá se encuentran en tal abundancia, ya en árabe, ya en jerga aljamiada, que algunos de sus poseedores bien podrían desear que no hubiesen quedado tantos, con tal que fueran sustituidos por otros de más interés científico ó literario. Tratar de estos asuntos, pues, es relativamente fácil, si se atiende á la multitud de documentos aprovechables.

Por una parte, los intérpretes de la Inquisición unas veces tradujeron del árabe lo que pensaban que podría ser útil al Santo Oficio, otras no hicieron más que trasladar capítulos de obras que en castellano escribieron nuestros moriscos, conservándose entre los papeles de ese tribunal; por otra, en la Biblioteca Nacional, en la de don Pascual de Cayangos, D. Pablo Gil y otros, hay muchos libros moriscos que de tales materias tratan. Pero los intérpretes de la Inquisición, aunque escribiesen bien en castellano y los hubiese muy enterados de la lengua arábica, no es de pensar que pusiesen gran conato y atención en trasladarlos con fidelidad, por el poco cariño que profesaban á la doctrina religiosa de la secta infame de Mahoma; los libros aljamiados de nuestros moriscos, en este respecto, son mejores, y sobre todo auténticos; pero solían ser tan malos traductores los que en tales asuntos metían la mano, que sus traslados son, por lo regular, una pura algarabía.

De los primeros hemos disfrutado unos cuantos documentos que la exquisita diligencia del sabio y laborioso académico D. Manuel Danvila ha sabido procurarse; de los segundos podríamos haber aprovechado muchos, que tenemos á nuestra disposición; sin embargo, en la necesidad de elegir, hemos seguido especialmente á un autor arábigo muy apreciado, y con razón, por nuestros moriscos; pues resume mejor que en otras partes hemos visto las doctrinas jurídico-religiosas de Malic, dominantes en España. Es un manuscrito del libro titulado: «El collar de perlas preciosas, que trata de la doctrina del sabio de Medina» (1) de Abu Mohammed Abdalá ben Nacham.

Dicho se está con ello que el presente estudio no trata de las costumbres particulares que cada comarca, región ó pueblo de España haya podido tener en las varias épocas de su historia, sino que es un resumen de lo que rezan los libros litúrgicos que los moros españoles solían seguir; teniendo presente que aquellas ceremonias públicas que pudieran ser motivo de persecución, nuestros moriscos no las solían ejecutar, celebrándolas ocultamente, según de algunos de sus libros se desprende.

De lo que se debe hacer con el moribundo.—La iglesia musulmana ejerce sus piadosos oficios á la cabecera del enfermo que se halla en trance de morir, y así, cuando se inician las últimas agonías, se pierde la luz de los ojos y se sospecha que la muerte se avecina, se le debe acostar sobre el lado derecho, de cara á la Meca, en la misma posición que ha de tener en el sepulcro; si no puede convenientemente tomar esta postura, se le acostará de espaldas en actitud supina, de tal manera que las plantas de los pies miren á Oriente. Luego se le recitará la fórmula del testimonio: «*Confieso que no hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta*», para que el enfermo la repita. Aconsejase también que se le recite la azora 36.^a de Alcorán y alguna otra.

Muerto el muslim, se le cierran los ojos, y se procede al

Lavatorio del cadáver.—Aunque basta sólo el que se moje el cuerpo, frotando todos sus miembros, se aconseja que se haga de la manera siguiente: se lleva el cadáver á una habitación retirada y se le coloca en una cama; se comienza por lavarle los pies, levantando la camisa un poco, lo que la decencia permita; luego las manos y después todo el cuerpo, cuidando siempre de que un paño cubra lo que la vergüenza exige cubrir. Tras esto, con un trapo húmedo se limpian sus dientes, narices y demás partes del cuerpo, según

(1) Melic ben Anas.

se prescribe para las Abluciones ó Alguado (1). Si hay necesidad, se ejerce suave presión sobre el vientre, á fin de dejarlo en buenas proporciones.

El agua que se emplee en el lavatorio puede ser fresca ó templada, pura ó de cocimiento de malvasisco, acedre y otras plantas, ó aromatizada con alcanfor, almizcle, etc.

La limpieza del cadáver no ha de llegar al extremo de hacerle perder el aspecto que presentaba el cuerpo antes de morir; por eso, ni se le deben cortar uñas ni rasurar el pelo.

En tiempo de peste ó mortandad no debe dejarse de lavar á los muertos, mientras haya quien se atreva á hacerlo, aunque por abreviar se le eche el agua de una vez.

Acabado el lavatorio, procede

El amortajar.—Las piezas de vestir se recomiendan que estén limpias y sean blancas, tolerándose los demás colores, excepto el amarillo, que algunos reprueban. El algodón es la clase de tela más indicada, si bien puede usarse de las que suelen llevarse en vida, fuera de la de seda, que si se consiente á las mujeres, no parece bien que con los hombres se use tal vanidad.

Lo menos que se puede hacer es cubrir con una sábana todo el cuerpo; pueden ponerse tres piezas ó cinco. Si son tres, que sean una toca, una camisa y un lienzo de envoltura; si cinco, han de ser un almaizar, un aljamar, un addira y dos lienzos. Todo atado ó cosido de arriba abajo, para desatarlo ó descoserlo por la parte de la cabeza y de los pies al ponerlo en el sepulcro.

A medida que se le irá vistiendo, se le pondrán aromas entre pieza y pieza, además del alcanfor, que en la nariz, oídos, ojos y por la piel se le haya puesto de antemano. Estos pueden ser aloe, ámbar, almizcle ó el mismo alcanfor, que tanto gustaba al profeta Mahoma.

Una vez lavado, perfumado y vestido el cadáver, ya está en disposición de ser conducido al cementerio.

Los funerales no pueden ser más sencillos; no consisten en otra cosa, que en acompañar al féretro la familia y amigos del difunto, presididos por un imam, que lleva la dirección del rezo que se hace por el muerto. En las mezquitas no se permiten ceremonias fúnebres.

¿A quién toca presidir el duelo?—Es una cuestión de etiqueta, que alguna vez habrá ocasionado más de un disgusto.

Están conformes todos en que si el difunto manifestó en su última voluntad quién ha de presidir, sea éste, si la autoridad local no se opone. Si no hay disposición testamentaria, le corresponde, en primer lugar, según unos, al gobernador ó autoridad más alta que haya en la población, ya sean sus atribuciones civiles, ya militares, si el cargo lleva aneja la presidencia de la oración del viernes en la mezquita; otros sostienen que aunque no le corresponda presidir la oración del viernes, si el gobernador asiste al entierro, él debe presidir, sin duda para que no se dé el caso de ser presidido de un cualquiera ó de un funcionario de categoría inferior. Otros más radicales entienden que ni el gobernador, ni el alcalde, ni el jefe militar, aunque tengan la presidencia de la oración del viernes, ni sus vicarios respectivos, ni los rectores de las mezquitas, ni los predicadores de las mismas, ni nadie tiene derecho propio para presidir los entierros, y que debe atenderse á la costumbre establecida en la localidad.

Fuera de estos casos, en que las autoridades vayan á los entierros, corresponde á los de la familia, en orden de preferencia, según la cercanía del parentesco, naturaleza de él y la edad; si no hay parientes, un honrado musulmán de los más ancianos, y cuando éstos no quieran, el alfaquí.

Lugar de los del acompañamiento.—En primer término, el que preside el duelo debe colocarse al lado del féretro, á la línea de la mitad del cuerpo, si es de hombre, y á la de los pechos si es mujer; aunque otros prefieran el que se coloque detrás, en el centro. Las demás personas se irán colocando delante, en dos filas, como en procesión, abriendo la marcha los más jóvenes, y los ancianos juntos al difunto. Si hay mujeres, se las pondrá aparte. Si todos son hombres y de edad aproximada, se pondrán donde caigan, sin distinción.

Arreglado así el acompañamiento, se pondrán en marcha rezando, según la fórmula de ritual, que suele consistir en una oración al salir de la casa mortuoria. Al llegar á la Mosala, bien ordenados, según se ha dicho, en dos filas, de cara á la Meca, se dirá cuatro veces el «*Alá Achbar*» (Dios es grande), levantando todos al mismo tiempo los brazos en cruz; después el imam continuará rezando y el concurso respondiendo: *Amén*.

De la Mosala, con el mismo orden, se le conducirá al cementerio, donde se ha de repetir la misma ceremonia y otras apropiadas al caso. Luego se le mete en el sepulcro, acostado sobre el lado derecho, de cara á la Meca, se le desata el nudo de la cabeza y los pies, se le hace una almohadilla de tierra para que la cabeza no esté

baja, se le arreglan los pies, para que no se desvíen uno del otro, se le reza la última oración, se cierra el sepulcro con adobes, y los circunstancias pueden echar puñados de tierra.

Acabados estos oficios, cada cual podrá marcharse por su lado.

Del sepulcro.—Dicen los musulmanes que se ha de enterrar á los muertos para librarles de las fieras y evitar el mal olor de la corrupción; para ello basta que se hagan los hoyos que vengán á la cintura de un hombre; se aconseja que no sean más profundos. Los nichos laterales están más recomendados que el meter á los muertos en el centro del hoyo. Este debe ser de la misma tierra, sin obra hecha de yeso, ni fábrica en que se use barro, y se ha de cubrir con ladrillos ó piedras, pudiendo sobre éstos colocar piedra labrada al extremo de la cabeza del sepulcro. Algunos permiten que las sepulturas se levanten un palmo sobre el nivel del suelo; pero lo mejor es que esté á la rasante del piso.

A los que mueren en el mar, lejos de las costas, se les envolverá en una sábana, atados de pies á cabeza, y se les arrojará al agua, de cara á la Meca, vueltos del lado derecho; pero no se les debe poner peso alguno para que se hundan, cual los ignorantes suelen hacer, porque no se han de poner obstáculos para que floten sobre el agua, y la fuerza del mar les pueda llevar á playas musulmanas donde les entierren.

Está permitido el trasladar los cadáveres de una ciudad á otra, del campo á la población, etcétera, etc.

El pésame.—La familia, después de los funerales, recibirá el pésame de los amigos. Las fórmulas más aceptadas para darlo son: «Dios te tome en cuenta la desgracia que has sufrido.» «Dios te dé hermoso consuelo en tu aflicción.» «Dios perdona al difunto, tenga misericordia de él y le dé mejor vida.»

Banquete funeral.—Está muy admitido y aconsejado que se celebre una comida de luto por los de la familia del difunto, con tal que no sea ocasión de grandes lloros y gemidos; se puede, en silencio y con prudencia, desahogar el corazón, derramando lágrimas, pero demostraciones exageradas de tristeza, como el darse de bofetadas á sí mismo, rasgarse el vestido, arrancarse el cabello ó mesarse las barbas, es abominable: esto no es más que añadir pecados á pecados.

El juicio de la fosa.—Cuando se han alejado los que acompañaban al difunto, y éste queda en la soledad del sepulcro, oye el ruido del pesado andar de Moncar y Naquir, dos angelazos rudotes, de muy mal genio, que cogen al muerto, le sientan en la sepultura y le preguntan: «¡Eh! ¿tú qué dices de ese hombre?», refiriéndose á Mahoma. Si aquél fué creyente, contesta á seguida: «Atestigo que fué siervo de Dios y profeta.» Se le aparece entonces en visión la otra vida y le dicen: «Tú ves el asiento aquel que en el infierno se te preparaba; pues ahora se ha cambiado por esa estancia paradisiaca.» Pero si el pobrete fué un hipócrita ó infiel, al hacerle la pregunta, apenas puede contestar titubeando: «Yo... yo no sé decir más que lo que la gente decía.» «¡Ah! con que tú no lo sabes, ni te has cuidado de ello», dicen los angelazos; «¡pues toma!» y con potente martillo de hierro, descargan un tremendo golpe, que hace retemblar las vecinas sepulturas.

JULIÁN RIBERA.

PSICOLOGÍAS

I

(Á MI AMIGO FRANCISCO CAPELLA)

¡Feliz tú, caro amigo,
que, aunque te quejas de la lucha, tienes
quien sostenga contigo
batallas de caricias y desdenes!
No como yo, que, montaraz y rudo,
vivo de goces del amor cansado,
y, si al combate por placer acudo,
encuentro al combatiente desarmado,
débil el corazón, roto el escudo...
Tú, embelesado en la mujer que adoras,
por vencer con los tuyos sus anhelos,
¡qué alegremente pasarás las horas!
Yo, en cambio, libre de inquietud y celos,
gozo un triste placer, muy parecido
al sublime fastidio de los cielos.
Ya habrás tú comprendido
que, aunque te duelan al brotar, las cuitas
que aquella ingrata indiferente escucha,
parecen las pasiones infinitas
según crecen y crecen con la lucha.
Mas yo que, lejos de eso,
no encuentro á mis deseos resistencia,
¿habré de ponderar mi indiferencia
si ni me inspira una ilusión su beso?
Y es porque tú, con esa sed de gloria
que la embriaguez de tu pasión te presta
batallas siempre con la mira puesta
en el arco triunfal de la victoria;
mientras que yo, con ansia sobrehumana
de esas luchas de amores cuyos frutos
son llorar hoy para reír mañana,

declaré guerra eterna á un alma pura
pidiendo á su pasión serios tributos,
y tuve la amargura
de quedar vencedor en dos minutos...
Así, tu enfermedad, hoy dolorosa,
pudiera en un momento
tener por eficaz medicamento
la victoria más dulce y más sabrosa;
pero al triste mal mío,
falto de esos combates con mujeres,
no le queda más cielo que el hastío,
¡antídoto infernal de los placeres!
Corre, pues, á la guerra á que te llama
y no temas los negros sinsabores
que aquella ingrata sobre ti derrama...
... ¡Tú eres cien veces más feliz que el que ama
sin penas ni dolores!

ANSELMO GUERRA.

EL TE

Los naturalistas y viajeros célebres tomamos los siguientes interesantes datos acerca de esta bebida aromática que tanto se ha generalizado en el mundo, y cuyo comercio es el principal elemento de riqueza de la India inglesa.

La planta del te es un arbusto de unos 18 pies de altura, que tarda seis años en adquirir su completo desarrollo y que á los doce se marchita y muere.

Su tallo es delgado y sostiene numerosas ramas que se despliegan al aire en todas direcciones; la hoja es grande, ovalada, alterna, luciente, cortada y lisa en su parte superior y dentada en la inferior, siendo de color verde oscuro y semejante á la de la camelia, aunque mucho más fina que esta última.

La flor del te también se parece mucho á la camelia, por cuya causa los chinos la denominan *flor de te*.

En la primavera, la rosa de te aparece por lo general adherida á una hoja; es blanca y se conserva un mes, al cabo del cual se presenta la semilla encerrada en una cápsula dividida interiormente en tres ó cinco celdillas que contiene un grano cada una; estos granos son esféricos, duros, blancos, del volumen de una avellana, tienen un sabor amargo muy pronunciado y no maduran hasta el mes de Diciembre.

El arbusto del te se reproduce por semilla, siendo menester preparar los criaderos en sitio poco húmedo y cubierto por una buena capa de tierra vegetal.

La semilla se planta á últimos de Enero, y cada grano se deposita en un agujero de dos pulgadas de profundidad á tres pies de distancia uno de otro.

Mientras se desarrolla la planta, se preparan los terrenos donde ha de hacerse la plantación, cavándolos y removiéndolos á alguna profundidad, sin que sea necesario abonarlos ni regarlos.

En Junio ó Julio, época en que empieza la estación de las aguas en la China, el arbusto tiene ya en los criaderos unas ocho pulgadas de altura, siendo entonces el instante oportuno para transplantarlos; teniendo buen cuidado de arrancar con ellos gran cantidad de tierra que recubra perfectamente su larga raíz de forma de cono, pues si no la planta se secaría.

El lugar preferente para las plantaciones suelen ser las vertientes de las montañas que miran al Sur, colocando los arbustos en líneas regulares á distancia de cuatro ó seis pies, lo que produce un admirable efecto en el paisaje; hay que tener muy especial cuidado de que ningún otro árbol dé sombra á estas plantas.

Los terrenos destinados á las plantaciones han de estar bien cavados y libres de malas hierbas; en su segundo año de existencia se poda la planta por los meses de Noviembre ó Diciembre.

Cuando el arbusto cuenta tres años, comienza la recolección de la hoja.

Se hacen al año cuatro cosechas, cortando la hoja en diversas condiciones según la clase de te que se quiere obtener.

La primera recolección se efectúa á mediados de Marzo, la segunda á fines de Mayo, la tercera en Junio y la cuarta en Septiembre.

Para cortar la hoja hay que escoger tiempo seco y hacer la operación rápidamente; pues si se cortasen en diferentes días, resultarían unas hojas secas y otras frescas, y la cosecha sería desigual y de mala calidad; por esta razón, cuando empieza la cosecha sale al campo toda la gente disponible, calculándose que cada trabajador puede recoger diariamente unas 133 libras de hojas.

Algunas estadísticas del Celeste Imperio hacen subir á 60 millones el número de personas que se dedican á cortar la hoja del te, dándose el caso de que en tales épocas los pueblos queden casi completamente abandonados; el jornal varía entre tres ó cuatro reales, que no es mucho; en cambio el trabajo es durísimo, pues deben pasar el día entero encorvados y bajo un sol abrasador.

Las operaciones por las cuales pasa la hoja

(1) En el tomo v del «Memorial Histórico de la Academia», pág. 262, y «El Archivo», tomo I, pág. 163; se trata de esta ceremonia del Alguado.



UN DÍA DE CAMPO



MONUMENTO A COLÓN EN MÉJICO



PUERTO Y MUELLE DE SANTA CRUZ DE TENERIFE (CANARIAS)

hasta hacer de ella un te perfecto, son cuatro, á saber: *secarla, tostarla, pintarla y perfumarla.*

Al *secar la hoja* hay que tener en cuenta la clase de te que se desea producir.

Para el te negro, la hoja recién cortada se expone al sol durante dos horas y luego se extiende á la sombra sobre unos cañizos de bambú, procurando que no esté muy amontonada; para el te verde sólo se practica esta última parte.

Si el tiempo es seco se tuesta la hoja á los tres días; pero si es húmedo, hay que esperar algunos días más.

Durante la seca se agitan y revuelven con frecuencia las hojas con las manos, á fin de volverlas lucientes y de arrollarlas, y se las deja cuando ya están flexibles y se cubren de manchas rojizas; en este estado se procede cuidadosamente á separar, por medio de harneros ó cribas, las hojas grandes de las pequeñas, y las hojas de sus tallos, sirviendo éstos para el te de clase más inferior.

Por último, se aventa la hoja por medio de pequeños molinos, para quitarla el polvo y las sustancias extrañas que pudieran quemarla en el acto de la torrefacción.

El *tostar la hoja* es operación más delicada, y de ella depende casi siempre la buena ó mala calidad del te; en China hay maestros dedicados exclusivamente á la torrefacción, y, según su habilidad, ganan un jornal de cuatro á cinco pesetas diarias.

Para tostar la hoja, los chinos construyen largas líneas de hornillos de mampostería, en cuya parte superior ponen una caldera de hierro ligeramente cóncava.

El fuego que alimenta los hornos es de carbón vegetal y está cubierto con ceniza para conservarlo más tiempo, como se acostumbra á hacer con nuestros braseros, y así obtienen un calor constante y uniforme.

En cada caldera se colocan unas tres libras de hojas, que se remueven continuamente con un cucharón de palo; el más pequeño descuido es causa, con frecuencia, de que se queme la hoja y se pierda la hornada.

El te verde se tuesta durante media hora, y en el negro se emplea mucho más tiempo todavía.

Al tiempo de tostarla ó inmediatamente después se procede á *pintar la hoja*, empleando el palo campeche ó alguna otra corteza de propiedades tintóricas.

El te negro no se mezcla con ninguna otra sustancia más; pero no así con el verde, cuyo matiz sería muy difícil de obtener si los chinos guardasen las reglas que la salud y la prudencia aconsejan; pero, lejos de esto, no reparan en teñirlo con azul de Prusia, sulfato de cobre ó otras sales igualmente venenosas, por lo que recordamos la abstención de esta clase de te, porque su uso puede producir serios desarreglos en el organismo.

Una vez pintada la hoja, y con objeto de *perfumarla*, se la coloca en cestitos planos, los cuales contienen hasta unas dos libras cada uno.

En otros cestitos idénticos se ponen las flores cuyos perfumes se quieren dar al te, y, alternando un cestito de te con otro de flores, se colocan en una especie de estufa de caña ó mimbre en cuya parte inferior hay fuego de carbón tapado con ceniza; esta operación dura de treinta á sesenta minutos, según sea la intensidad del aroma que se intente dar al te; las flores que por lo general se emplean, son la rosa, el jazmín y una florecilla pajiza muy común en el extremo Oriente.

Los productos del te se dividen en China en tres clases: *el negro, el verde y el ladrillo de te*; éstos á su vez se subdividen en diferentes calidades.

El *ladrillo de te* se hace con el polvo ó residuo que deja la elaboración de los otros dos tes, amasándolo con agua y con algunas gotas de esencia de menta.

En China se prepara el te de dos modos distintos: las clases pobres se limitan á cocer la hoja en un puchero de barro, al que van añadiendo agua caliente, hasta que el producto pierde todo su sabor; las clases ricas depositan algunas hojas de te en cada taza, las escaldan con agua hirviendo y la tapan en seguida herméticamente.

El mejor sistema es poner las hojas en una tetera, y echar agua muy caliente, dejándolo después reposar algún tiempo; son preferibles las teteras de barro sin barnizar, y el te, debe de tomarse poco cargado y no muy caliente, á fin de evitar la acción excitante que ejerce sobre los nervios.

La mejor manera de conservar el te es tenerlo en botas de cristal de cuello ancho y tapón esmerilado.

Esta planta crece espontáneamente en las montañas de China, y es conocida desde la más remota antigüedad.

Confucio la consagró el siguiente comentario:

«La planta del te que la primavera corona de hojas y de flores, despierta la alegría en todos los semblantes por el dulce brillo de su hermosura; de igual manera la joven desposada que entra en la casa de su marido, lleva con su modestia y su candor la alegría á todos los corazones.»

Y por último, en el siglo pasado, el Emperador *Kien Lung* la ensalzó en una efeciente poesía, de la cual transcribiremos un párrafo que se

refiere al modo de hacer el aromático brebaje: «Poned al fuego agua de nieve y sacadla cuando esté bastante caliente para volver blanco un pescado ó rojo un cangrejo.»

»Dejad en una taza de barro cocido algunas hojas del mejor te, y verted encima el agua, dejándola en reposo mientras salgan nubes de vapor que se eleven al cielo.»

»Cuando la bebida esté tibia, tomadla á sorbos y alejaréis de vuestro espíritu los cinco dolores que le atormentan.»

»Puede sentirse el dulce gozo que el te produce, pero describirlo es imposible.»

EDUARDO TODA.

PERCHELERAS

Mira si será curioso
ese rayito de luna
que ha entrado por tus ventanas
á ver qué hacemos á obscuras.

—
—
Cuando el querer se hace viejo,
el disgusto se hace gusto
y lo malo se hace bueno.

—
—
Cuando salgo de paseo
y me acerco á tu ventana,
el alma te dejo en ella
y sigo andando sin alma.

—
—
La cuenta de mi querer
en la playa se escribió
y las olas se encargaron
de hacer la liquidación.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

SPIRTO GENTIL



Una guerra civil estaba en todo su apogeo; diariamente pasaban por Madrid tropas destinadas á reforzar el ejército del Norte. El batallón en que servía el teniente Ramírez, después de haber operado en el reino de Valencia, recibió orden de trasladarse á las provincias Vascongadas; al llegar á Madrid, y con objeto de equiparse, detuvo su marcha algunos días; era necesario aprovecharles apurando toda clase de diversiones, que para muchos serían las últimas que iban á gozar en su vida. A la oficialidad la importaba muy poco tener el uniforme hecho jirones; ¿para qué iban á gastarse el dinero en comprar otro si pronto correrían el peligro de que una bala, haciéndole nuevo agujero, le convirtiese en mortaja?

Ramírez y el padre capellán de su batallón, aficionados á la buena música, decidieron aprovechar la última noche que les quedaba de permanencia en Madrid asistiendo al teatro Real. Cuando penetraron en la sala, la orquesta dejaba oír los primeros acordes de *La Favorita*. A medida que avanzaba la representación, el oficial pudo observar que la música producía extrañas impresiones en su acompañante. Al regresar al alojamiento, Ramírez le dijo con esa familiaridad que crea la vida de campaña:

—Pater, no creí que la música le emocionase á usted hasta el punto de hacerle llorar.

—No he podido contener las lágrimas. *La Favorita* ha despertado en mi alma tristes recuerdos. Entre el protagonista de la obra y yo hay muchos puntos de contacto.

—En esas palabras acaba Ud. de hacerme una revelación.

—Palabras que ante otro nunca hubiese pronunciado; pero Ud. me merece confianza, y voy á referirle mi historia.

Hijo segundo de una familia de labradores bastante acomodada, á los doce años, y sin consultar mi vocación, mis padres me enviaron al Seminario de Valencia; en él pase algún tiempo dedicado al estudio, sin que nunca las pasiones turbasen mi espíritu. Cuando la fiebre amarilla azotó las provincias de Levante, suspendí mis estudios para volver al lado de mis padres, que huyendo de los estragos que las fiebres causaban en los habitantes de la ciudad, buscaron refugio en Orba, pueblo de la provincia de Alicante; en él conocí á una joven, á Marieta, y desde aquel instante perdí mi tranquilidad.

—¿Estaba Ud. enamorado?

—Perdidamente.

—¡Ay, pater! contra el amor no hay defensa.

—Ciertamente; inútiles fueron los esfuerzos que hice para dominar los impulsos de mi alma. Olvidándome de la carrera á que mis padres me destinaban, manifesté mi pasión á Marieta. Ella también me amaba.

—¿Y Ud. querría ahorcar los hábitos?

—Justamente; mas para ser breve, omitiré los muchos disgustos que me costó mi resolución y las luchas que tuve que sostener.

Empeñados mis padres en que fuera sacerdo-

te, no perdonaron medio para hacerme olvidar á Marieta; para ello apelaron á la calumnia, ¡Dios se lo perdone!, inventando hechos que me refirieron con tanto detalle que me hicieron creer que Marieta era indigna de mí.

Con el alma destrozada por el dolor, volví al Seminario; dos años después, recibía las sagradas órdenes; pero ¡ay! en mí no había esa fe que es necesaria al sacerdote para ser un modelo de virtud; yo, como el protagonista de *La Favorita*, era el hombre que busca en la religión lo que no puede encontrar en el mundo; era un ser desgraciado que en pocos días vió desvanecerse los ensueños más hermosos de su existencia. Por eso recordé, al oír el *Spirto gentil*, los sentimientos que batallaban en mi alma el día que canté misa.

Comprendiendo que no podía desempeñar mi curato tal como debe hacerlo un buen sacerdote, ingresé en el clero castrense. Mi historia ya la conoce Ud. y tampoco podrá olvidarse del día que el batallón asaltó el fuerte de Cantavieja.

—¡Ya lo creo! Como que aquel día un pedazo de plomo viejo me hizo en el cuerpo dos agujeros nuevos.

—Pues bien; aquel día fui llamado para prestar los auxilios de la religión á una hermana de la Caridad que fué herida en las guerrillas al acercarse á curar á un oficial que recibió un balazo en el pecho.

—Sobre mi semblante cayó la sangre de esa mártir de la caridad, repuso el teniente enjugándose una lágrima.

—Era Marieta, prosiguió el sacerdote con entonación entrecortada por los sollozos. Cuando llegué á su lado, la infeliz fijó en mí sus ojos turbios ya por el frío de la muerte, y con acento que no admite duda me dijo:

—Me han calumniado; muero tan inocente como nací; perdóname la culpa que haya tenido de tus desdichas.

En aquel momento renació en mi corazón con más fuerza que nunca el amor que sentí por Marieta, y olvidándome de lo que yo era, uní mis labios á los suyos; pero ¡ay! el cuerpo de la infeliz quedaba solamente en la tierra; el alma, Dios la había recibido en su seno. Terminó el sacerdote con el semblante anegado en llanto. Ramírez no pudo contener los impulsos de su alma generosa, y de sus ojos brotaron las lágrimas.

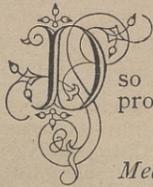
—¿Cuántos recuerdos despierta en el corazón enamorado la inmortal partitura de Donizetti!

M. CORRAL CABALLÉ.

CENTENARIO DE COLÓN

I

CONGRESO LITERARIO



DESDE el día 1.º al 7 de Noviembre se verificará en Madrid el Congreso Literario hispano-americano, cuyo programa de temas es el siguiente:

SECCIÓN 1.ª—Filología.

Medios prácticos de mantener íntegra y pura el habla castellana en España y los países hispano-americanos, ajustando su enseñanza á textos donde se consignen las mismas reglas gramaticales.—(Convocatoria de 15 de Marzo.)

1.º Razones de conveniencia general que aconsejan la conservación en toda su integridad del idioma castellano, en los pueblos de la gran familia hispano-americana.

2.º Elementos que en España y América concurren á la conservación de la lengua común castellana.

3.º Agentes que, menoscabando la unidad de la lengua entre los pueblos hispano-americanos, contribuyen á la corrupción del idioma y á la formación de dialectos.

4.º Medios de dar vigor á los elementos que favorecen la conservación del habla común entre los pueblos hispano-americanos y de disminuir, ó neutralizar por lo menos, el influjo de los agentes que la contrarían.

5.º Procedimientos que podrían emplear las Corporaciones docentes de cada nación representada en el Congreso para estimular la publicación y propagación de trabajos encaminados á limpiar el idioma patrio de los galicismos, italianismos y anglicismos innecesarios con que le deslustra la incesante corriente de inmigración que afluye á aquellos países. Certámenes nacionales é internacionales sobre materias filológicas relacionadas con el habla común; institución de premios, propaganda de la prensa, etc.

6.º La autoridad en materia de lenguaje, sus fundamentos y sus límites. ¿Es posible sin ella mantener la cohesión de un idioma tan esparcido por toda la tierra como el castellano? En caso negativo, ¿qué instituciones deben representarla y ejercerla?

7.º Para defender ó afirmar la unidad de una lengua, no obstante la variedad de voces y locuciones propias de los diferentes pueblos que la hablan, es indispensable conservar en todos ellos la unidad de las reglas gramaticales.

8.º La sujeción á un régimen gramatical común, lejos de dificultar, como suponen algunos, el progresivo desenvolvimiento de un idioma, le facilita, ordena y encauza dentro de sus genuinas condiciones.

9.º Los principios y reglas de la Gramática castellana de la Real Academia Española deben servir de punto de partida para la enseñanza de la lengua en los países representados en el Congreso Literario hispano-americano.

10. Necesidad de una nueva Gramática de la lengua castellana, fundada en los principios y leyes de la filología moderna, escrita con todo el detenimiento que su importancia exige, en cuyo trabajo se tengan muy en cuenta las opiniones de nuestros más insignes gramáticos españoles y americanos.

11. Conveniencia de una Gramática histórica que dé á conocer el proceso de la lengua castellana desde sus primeras manifestaciones hasta las obras de los escritores más ilustres de nuestros días, españoles y americanos.

12. La existencia de un Léxico común es imprescindible para todos los pueblos del habla castellana.

13. El Diccionario vulgar de la lengua castellana que, como resultado de su labor continua y depuradora, publica periódicamente, aumentado y corregido, la Real Academia Española, con el eficaz concurso de sus correspondientes de América, debe tener autoridad reconocida en todos los países representados en el Congreso. Para llenar cumplidamente fin tan alto y acrecentar el riquísimo y variado caudal del idioma, procede que este Léxico común siga, como hasta ahora, incluyendo en sus ediciones sucesivas los provincialismos españoles y americanos que por su etimología, por la legitimidad ó persistencia del uso, ó por referirse á productos, necesidades y costumbres peculiares de las regiones en que se emplean, ostentan legítimos títulos para su incorporación en el Diccionario vulgar.

14. Condiciones de origen, de etimología y de uso que han de concurrir en una voz para que sea admitida en el Diccionario vulgar.

15. Lengua de los aborígenes de la América española é influencia que han ejercido en la que hoy se habla en las naciones hispano-americanas.

SECCIÓN 2.ª—Relaciones internacionales.

Modo de establecer vínculos de estrecha unión entre todos los centros de Instrucción pública, Ministerios, Universidades, Institutos y Sociedades oficiales y particulares de España y los Estados hispano-americanos.—(Convocatoria de 15 de Marzo.)

1.º ¿Qué clase de relaciones deben existir entre todos los centros de Instrucción pública, Ministerios, Bibliotecas, Museos y demás Corporaciones oficiales de las Repúblicas hispano-americanas entre sí y con España?

2.º Utilidad de la mutua y frecuente comunicación entre dichas Corporaciones oficiales por medio del envío de obras y catálogos y del cambio de documentos, copias y ejemplares duplicados de obras impresas.

3.º Procedimientos más adecuados para estrechar vínculos entre las sociedades particulares de carácter científico, literario y artístico de los pueblos de lengua castellana, estableciendo cambio de obras, revistas y periódicos, y determinando en sus respectivos reglamentos la reciprocidad de títulos entre los socios de las corporaciones similares de dichos países.

4.º Organización de relaciones económico-literarias entre todos los centros de Instrucción públicos y privados. Medios oficiales y particulares para conseguir tan útil fin.

5.º Creación, de acuerdo con los Gobiernos de las naciones respectivas, en la Biblioteca Nacional de Madrid, de un departamento especial de obras americanas, para facilitar el estudio y propagar el conocimiento de todos los escritores que honran en aquellas regiones las letras castellanas.

6.º Formación de un Centro internacional encargado de gestionar el cumplimiento de los acuerdos del Congreso.

SECCIÓN 3.ª—Librería.

Medios prácticos conducentes al desarrollo y progreso del comercio de libros españoles en América y libros americanos en España, así como el de obras artísticas, organizando empresas editoriales, Bibliotecas, giro consular y representaciones recíprocas entre todos los países de origen español.—(Convocatoria de 15 de Marzo.)

1.º Modos y procedimientos más apropiados para la seguridad, rapidez y baratura del transporte de libros escritos en lengua castellana y de obras artísticas pertenecientes á las naciones de origen español. Examen crítico de las disposiciones que regulan este servicio y de las dificultades prácticas que puedan ofrecer en los diversos países representados en el Congreso.

2.º Solicitar del Gobierno español la uniformidad en el precio de certificados para dentro y fuera de la Península y el aumento de peso en los paquetes de impresos.

3.º Examen comparativo de las legislaciones de Aduanas vigentes en los Estados hispano-americanos y la de España, en cuanto se refieren al comercio de libros en lengua castellana, impresos fuera de sus territorios respectivos, pero en naciones del mismo idioma, á fin de llegar sobre este punto á un régimen común entre la gran familia española, basado, á ser posible, en la mutua franquicia.

4.º Servicios que en el desempeño de su cargo pueden prestar los Cónsules para mayor seguridad del comercio de libros y obras artísticas. Planteamiento consular entre los Estados hispano-americanos y España.

5.º Condiciones en que se hace entre España y las Repúblicas hispano-americanas el comercio de librería, y alteraciones que deberían introducirse en él para darle mayor amplitud y favorecer su crecimiento.

6.º Parte importantísima que en el desarrollo del comercio de libros y obras artísticas corresponde á la iniciativa individual, fortalecida por el espíritu de asociación.

7.º Formación de un sindicato de editores y libreros para la solidaridad y defensa de sus intereses comerciales en España y América. Servicio de corresponsales.

8.º Creación de empresas editoriales, si fuera posible constituidas por capitales españoles y americanos, con el fin de extender, por medio de la esmerada corrección tipográfica de los textos, la excelencia de la parte material y la baratura de los precios, el comercio de libros escritos en castellano.

9.º Bases para el establecimiento en las capitales ó ciudades más importantes de los Estados hispano-americanos de centros y agencias que, con las debidas garantías, respondan á las necesidades varias del comercio de libros escritos en nuestro idioma.

10. Influencia provechosa y fecunda que pueden ejercer en este movimiento de compenetración intelectual entre pueblos hermanos, las Sociedades y Casinos españoles constituidos en América.

Madrid 20 de Julio de 1892.—*El Presidente*, GASPARD NUÑEZ DE ARCE.—*Los Secretarios*, JOSÉ LADISLAO DE ESCORIAZA.—J. T. GAISROIS.—VICENTE J. DOMÍNGUEZ.—CONDE DE ESTEBAN COLANTES.—CÁNDIDO RUIZ MARTÍNEZ.—RICARDO SEPÚLVEDA.

II

LA CABALGATA

Los festejos preparados por el Ayuntamiento comenzarán el 12 de Octubre, fecha conmemorativa del descubrimiento, y en dicho día habrá diana y retreta militar y fuegos artificiales por la noche en cuatro puntos distintos, buscando los barrios más aristocráticos y los más populares.

En los días sucesivos, hasta los primeros de Noviembre, en que terminarán las fiestas del Centenario, habrá alternando con los Congresos literarios y científicos, un Congreso municipal, al que serán invitados los principales Ayuntamientos de España; dos corridas de toros, una para los extranjeros y otra para el pueblo, y una gran cabalgata cívico-histórica.

El programa de esta cabalgata es el siguiente:

Primera parte.—Recuerdo de la rendición de Granada.

- Cuatro heraldos á caballo.
- Veinte arqueros.
- Veinte arcabuceros.
- Dos jefes árabes á caballo.
- Boabdil el Chico á caballo.
- Doce moros á caballo.
- Seis idem á pie.
- Seis idem lujosamente ataviados.
- Treinta escopeteros.

Segunda parte.—Los frailes de la Rábida.

- Treinta y ocho frailes.
- El padre Marchena.
- El niño Diego Colón.
- El padre Juan Pérez.

Tercera parte.—Las carabelas.

- Música en traje de la época.
- Los tres hermanos Pinzón.
- Ocho marineros de la *Niña*.
- La carabela *Niña*, tirada por seis caballos.
- Doce tripulantes.
- Guerreros y aventureros.
- Ocho marineros de la *Pinta*.
- La carabela *Pinta*, tirada por seis caballos.
- Doce tripulantes.
- Guerreros y aventureros.
- Ocho marineros de la *Santa María*.
- La carabela *Santa María* con la enseña de Colón, tirada por ocho caballos.
- Ocho marineros.
- Veinticuatro tripulantes (?).

Cuarta parte.—Los Reyes Católicos.

- Doce alabarderos con traje de su tiempo.
- Timbalero.
- Cuatro trompeteros.
- Dos maceros.
- Los Reyes Católicos.
- Cuatro pajes.

- Los infantes D. Juan y Doña Juana.
- Dos damas.
- El cardenal Mendoza.
- Fray Hernando de Talavera y fray Diego de Deza, montados en mulos.
- El gran capitán Gonzalo de Córdoba.
- Diez caballeros.
- Doce laceros.

Quinta parte.—Alegoría del Descubrimiento de América y homenaje á Colón.

- Música con traje de la época.
- Doce indios y doce indias.
- Palanquines y angarillas conduciendo objetos.
- Carroza alegórica tirada por 10 caballos.
- Música.
- Presidencia y acompañamiento.
- Coche de Doña Juana la Loca.
- Coches de la Real Casa.
- Idem del Ayuntamiento.
- Corporaciones.
- Escuadrón de la Guardia civil.
- Tomarán parte en esta cabalgata 441 caballeros y 16 señoras.
- Caballos, 45 montados.
- Idem, 30 enganchados.
- Mulos, tres.
- Atrezzo, considerable.

La procesión se organizará en el Hipódromo, yendo después por el paseo de la Castellana, Recoletos, calle de Alcalá, Puerta del Sol, Arenal, Plaza de Isabel II, Felipe V, Plaza de Oriente, pasando por delante de la puerta del Príncipe, Bailén, Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, Plaza de las Cortes y calle de la Lealtad, donde se disolverá.

MALATESTA.

ENTUSIASMO

ORIENTAL DE VÍCTOR HUGO

¡A Grecia, á Grecia! ¡Vamos! ¡Adiós! ¡Partir debemos!
 ¡Nuestra sangre inocente pronto redimiremos con sangre de verdugos!
 ¡Adiós! ¡A Grecia, á Grecia! ¡Libertad y venganza!
 ¡Un turbante y un sable! ¡Un caballo, una lanza!
 ¡Rompamos nuestros yugos!
 Partamos esta noche; mañana será tarde:
 ¡Armas, caballos, buques! ¡Fuego en los pechos [arde!

¡Alas mejor que velas!
 Corred algunos pocos, soldados veteranos, y veréis al instante cuál huyen otomanos lo mismo que gacelas.
 ¡Eh, despertad, fusiles, del sueño del olvido!
 ¡Eh, músicas, cañones!... ¡Atrúenme el ruido!
 Caballos, vuestras colas
 haced que las recojan. ¡Los jinetes se irritan
 ¡Una mancha de sangre los sables necesitan!
 y plomo las pistolas!
 Quiero entrar en combate, siempre de los primeros. [ros,

y ver á mis soldados beber la sangre fieros cuando á Grecia acometa;
 destrozad su estandarte cuando fuertes caigamos, dividir sus cabezas con nuestros sables... ¡Vamos!... —¿Do vas, pobre poeta?

¿Adónde te conduce tu acento belicoso?
 Los ancianos, los niños, te acogen con reposo sin saber tu martirio.
 Y ¿quién soy yo?—Un espíritu; hoja seca arrastrada al capricho del viento; una vida pasada de delirio en delirio.

Todo á pensar me obliga: bosques, montes y prados; miro agitar las hojas, y suspiros ahogados me parece escuchar.
 Cuando viene el crepúsculo con su bello reflejo veo en lago de plata, como en un terso espejo, las nubes reflejar.

TEODORO GUERRERO.

LA VIDA EN EL JAPÓN

(Continuación.)

¡Si habéis estado en Londres, habréis debido subir á uno de los numerosos barcos de vapor que surcan el Támesis, el cual, en algunos minutos, os habrá transportado á Greenwich, triplemente celebrado por su observatorio, sus frituras de *Withe-bait* y sus numerosas tabernas, á cuyas puertas hay mujeres vestidas con gran esmero y coquetería invitando á los que pasan á tomar una taza de té ó de café.

La conveniencia, dicen, se detiene en el entresuelo. En el piso primero todo es mujeres de mundo y camelias, lo cual no impide que las buenas gentes de la clase media de Londres vayan allí en familia á pasar una parte del domingo.

Pues en el Japón existen tabernas análogas á éstas, en las cuales se solaza la juventud.

Mientras que el imperio del Este no posea un *Mabille* y un casino *Ka-dé*, será preciso que la juventud más ó menos dorada japonesa se contente con sus casas de te, en las cuales, por otra parte, encuentra más de un género de distracción.

Si se juzga del consumo del te por el número de mujeres que lo sirven, deben beberse ríos en el Japón. En efecto, la casa de te que menos, encierra ochenta mujeres. Estos establecimientos son de ordinario espaciosos y decorados con lujo. Según los departamentos, se bebe simplemente te, se oye la música, se baila ó se juega con las *virgenes fatuas* de la casa. Estas desgraciadas son la mayor parte compradas todavía niñas á sus familias por un número de años determinado. En un principio sirven de camareras á las antiguas hasta que, terminada su educación, pasan á su vez á ocupar el lugar de damas.

Nada se descuida para adornar su espíritu de cuantos conocimientos constituyen una buena educación. Literatura, ciencias, bellas artes, labores de aguja. Se les ponen profesores de todos estos ramos de instrucción. Los propietarios de estas casas son allí tan mal mirados como en Europa pudieran serlo, mas no así las pobres niñas á quienes explotan. Más que otra cosa se las tiene en lástima, y al expirar sus compromisos, muchas se casan ó entran en las órdenes religiosas.

Esta predisposición á hacerse religiosas tiene su razón de ser en el origen de las casas de te, que es para los budhistas casi sagrado.

Esto pide explicación.

A consecuencia de una resolución ya muy antigua, el soberano espiritual del Japón, habiendo sido derribado de su trono, se vió obligado á salvarse, no llevando consigo más que á su madre y á sus doce mujeres, de las cuales no quería separarse de ningún modo, porque el soberano pontífice no tiene menos de doce mujeres.

Pero al atravesar un brazo de mar, un golpe de viento arrastró al jefe de la Iglesia con su madre, y ambos perecieron en las olas. Las viudas prosiguieron su marcha y desembarcaron en Simonosiki, adonde en vano buscaron medios de vivir honestamente, según el rango que habían ocupado. Llevadas por la necesidad, asociáronse destino y abrieron una casa de te, que no tardó en ser célebre por todo el imperio. Los honrados budhistas iban allí piadosamente con su familia á beber devotamente una taza de te, santificada por la memoria del desgraciado pontífice, mientras algunos semidevotos subían al entresuelo, y los falsos devotos, siempre numerosos por todas partes, trepaban hasta el principal.

A la verdad, las doce viudas hicieron fortuna: la tradición dice que, no habiéndolas abandonado el espíritu de Budha, á pesar de su equívoca conducta, acabaron sus días en un monasterio, que enriquecieron con sus economías.

Hoy todavía, como allí se conservan tanto las tradiciones, se llaman *yorassi* á las mujeres que componen el personal de estos establecimientos, siendo éste el mismo nombre que toman las mujeres propias del soberano espiritual.

El número de las casas de te es considerable en todas las ciudades del imperio, y también las hay en las aldeas y hasta en los caminos. Afirma un viajero que sólo en la pequeña ciudad de Nagasaki, compuesta de una población de 60.000 almas, se cuentan 750 casas de te.

Sería incompleta esta relación si no habláramos de los baños japoneses, de un carácter tan original, y que son uno de los verdaderos placeres de este pueblo, tan extraño para nosotros por tantos títulos.

En el Japón van á bañarse á los baños públicos, como en París se va á pasar un momento en el café, para distraerse, hablar con los amigos, ver á los demás y hacerse ver de los otros. En estos baños, los más curiosos del mundo, cada cual deja en el guardarropas su traje, lo mismo que su pudor. Allí, hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, se entregan con una loca embriaguez, todos mezclados y sin el menor aparato de reserva, á mil caprichosos saltos en las grandes y en las pequeñas albercas, bajo los caños de agua fría y bajo una muy fina lluvia de agua fría y caliente mezcladas. Allí rien, hablan alto, bromean, corren los unos tras los otros, se zambullen para escapar á la persecución, se dan familiarmente, y aun con frecuencia, sin conocerse siquiera (en el baño todo es permitido), palmas en cualquiera parte del cuerpo; bailan, y beben saki con la alegría de un niño y con la gravedad de un sacerdote turco.

Las mujeres juegan con sus cabellos esparcidos sobre sus espaldas, de los cuales frecuentemente se sirven para pegar en broma á sus amigos y conocidos. Los ancianos se sientan en sitios con poca cantidad de agua para gozar de este espectáculo animado y á la vez tomar un baño de asiento. Los niños trepan á los hombros de todo el mundo, mientras que las señoritas, con el agua hasta la cintura, juegan al *morra* con la mayor animación.

Pero si se oye en la calle ruido, si un hecho cualquiera llama la atención hacia afuera, al punto, y como una banda de ranas locas y curiosas, los bañistas salen todos á la puerta á informarse y á reír; después vuelven al baño para proseguir con nuevo calor sus bromas acuáticas.

Y ahora, si se me pregunta cómo en el Japón, donde tan general y escrupulosamente se observa la decencia pública, se toleran semejantes establecimientos, y son frecuentados por gentes honradas de uno y otro sexo, responderé que en materia de decencia el uso es el que todo lo regula. En Francia se creería deshonrada una mujer si por la mañana mostrase á un solo hombre la cuarta parte de su espalda y pecho, que á la noche enseñará en más de su mitad á la luz de 1.000 bujías. Entre ciertos pueblos de la India, la desnudez, lejos de revelar el pudor, es, por el contrario, una señal de modestia, y sólo las mujeres de mala vida son las que se visten para provocar á los hombres y seducirlos.

Nada más curioso para los europeos de todos los países que examinar el interior y el exterior de las innumerables farmacias japonesas. Están adornadas de grandes carteles, donde se mencionan todos los remedios infalibles para todas las enfermedades conocidas, y creo que aun para todas las que la humanidad pueda llegar á sufrir.

Se hallan también adornadas con certificados de enfermos, atestiguando curaciones milagrosas, conseguidas por medio de los medicamentos descritos en los carteles, y por otros muchos, algunos de los cuales se anuncian como procedentes de Europa.

El *moxa* es un remedio universal; es la parte lanosa de la artemisa que se separa de sus hojas por medio de la fricción y el batimiento. Esta especie de lana se prepara en pequeños conos que se encienden por el vértice, aplicándose después sobre la parte que señala el médico. El *moxa* se aplica en el Japón en toda clase de casos; así es que la maleta del viajero encierra siempre cierto número de *moxas* para hacerlos aplicar á la primera ocasión.

Esta operación forma en todo el imperio del Este una ciencia y una profesión especial muy honrosa. En Inglaterra se emplea la sal de Glauber para conservar la tez fresca y prevenir los males futuros; en el Japón se emplea el *moxa* con el mismo objeto. Todos, jóvenes ó viejos, hombres ó mujeres, soldados, sacerdotes y hasta los condenados en su prisión, se someten voluntariamente á esta operación una vez al menos cada seis meses.

Otro remedio universalmente empleado entre los japoneses como curativo y preservativo es la fricción. Hay médicos que hacen de ella su estudio especial y que se encierran también en esta especialidad. Según ellos, no hay arte más difícil y complicado que la fricción, y sólo á fuerza de continuados estudios y de una larga práctica se puede pretender el honor de llamarse verdadero friccionador. Un viajero asegura que existe en Yeddo una escuela especial de friccionadores, en que los discípulos, dedicados particularmente á la práctica de este ramo de la medicina, se ejercitan sobre sujetos alquilados para este uso; se les supone sucesivamente las diferentes afecciones que se tratan por la fricción, y se les fricciona en consecuencia. Se les llama mozos de fricción y están muy bien pagados.

La medicina halla sus incrédulos en el imperio como por todas partes. Existe en el Japón una comedia que dicen es muy sabia y llena de rasgos satíricos á propósito de los médicos. Tiene por título *El médico, la medicina y el enfermo*. La personificación de la medicina se mofa en ella del doctor, probándole su impotencia, y el médico y la medicina acaban por burlarse de sí mismos y por reír á carcajadas de la confianza que inspiran al enfermo.

Hablemos un poco de los muertos en el Japón. La transición os parecerá natural.

Los muertos son tratados en el imperio del Este de una manera muy original: no se les quema, como hacían los romanos; no se les embalsama, como los egipcios; no se les entierra, como nosotros hacemos: se les mete en barriles, ni más ni menos que los pepinillos, las sardinas, ó las aceitunas. Y lo más original es que el barril que sirve á los japoneses de última morada no excede nunca de tres pies de altura por dos y medio de diámetro en la parte más ancha y dos en la base. ¿Cómo puede reducirse el cuerpo humano dentro de este barril? Es un misterio que los sepulcros japoneses no han tenido la bondad de revelarnos, pero sin que el hecho sea por ello menos cierto. Cuando por algunos viajeros se ha preguntado á los japoneses sobre el asunto, han contestado que obtienen la reducción de los cadáveres á la forma reglamentaria del barril, introduciéndoles en la nariz, en las orejas y en la boca cierta dosis de un licor preparado con el zumo de la *doria*. Este licor tendrá, entre otras cualidades, la de dar á los miembros de los muertos una blandura extrema.

Un americano habla de una experiencia de este género hecha en su presencia. Hacía mucho frío; un joven holandés murió en la factoría de Desima; al día siguiente, muchos japoneses, algunos oficiales de la factoría y el testigo que relata este hecho, examinaron el cuerpo. Estaba tan duro como la madera. Uno de los intérpretes sacó de la cartera un polvo grosero, parecido á la arena; era *doria* preparada esta vez en polvos y no en licor; tomó un polvo y lo introdujo en las orejas, otro en las narices y otro en la boca. «Sea por efecto de la droga, dice el americano, ó por algu-

na hábil superchería que no he podido adivinar, el cuerpo recobró toda su elasticidad en menos de quince minutos.»

Lo que contribuye á hacer creer en las virtudes maravillosas de la *doria* es que se expende solamente en los templos, y que su descubrimiento se atribuye á un sacerdote llamado Kobon-Daysi. Una vez hecha su recolección, los sacerdotes, formados en círculo ante el producto maravilloso, repiten durante veinticuatro horas siete veces un himno titulado *Guomi-Singo*. Sólo las plegarias pueden operar este milagro, haciendo eficaz el producto. Los empiricos explotan esta ciencia, y llaman á la decocción de *doria* la bebida maravillosa.

¡Pero qué no hacen los empiricos en el Japón para inspirar confianza á los enfermos y apoderarse de su dinero! Verdaderos empresarios de la medicina, viajan con una tropa de individuos que se llaman incurables, y á los que curan periódicamente en todas las ciudades adonde van á ofrecer sus drogas.

Cada miembro de la compañía representa el papel de su enfermedad al llegar á un punto, y cura en algunos días, si son días los que el empirico permanece en la localidad, ó en algunas horas si permanece poco tiempo. Estos pretendidos incurables pasan por desgraciados recogidos en el camino por el más generoso de los filántropos. Cuando el empresario ha despachado sus drogas y fingido despedir á su compañía de incurables, vuelve á recoger sus gentes á alguna distancia de la ciudad en un coche, y va á recurrarlos á otra.

Dícese que esta profesión es muy lucrativa en el Japón, y podemos creer que lo sería igualmente en Europa si la policía dejase á todos los bienhechores de la humanidad en completa libertad de acción.

Los botánicos de nuestro continente que han recorrido el Japón reconocen de común acuerdo la inmensa riqueza de aquel país en plantas medicinales. No es dudoso que la medicina sacará algún día de aquella región algunos remedios nuevos de que tenemos la mayor necesidad y que será muy conveniente agregar al limitado número de específicos que poseemos.

Los médicos del Japón se hacen reparar la cabeza; con cabellos inspirarían menos confianza.

En el Japón no hay Códigos; las leyes se sustituyen en edictos del emperador según las necesidades del momento. Cada edicto no lleva más que dos ó tres líneas de redacción: «Se prohíbe bajo tal pena hacer tal cosa.»—«Se manda bajo tal pena hacer tal otra»; esto es todo. Cada cual se defiende á sí mismo ante el magistrado; los testigos se oyen, y pronunciada la sentencia, sin apelación, reciben generalmente la ejecución inmediata.

Cada nuevo edicto se imprime y reparte con profusión entre todas las clases de la sociedad. Casi toda la población japonesa sabe leer. ¡Cuándo estaremos nosotros á la altura de los japoneses!

En muchos casos, y cuando el magistrado que desempeña las funciones de juez de paz no ha podido conciliar á las partes, los manda á los jefes de sus familias respectivas, que tienen el deber de decidir la cuestión litigiosa. El juicio de los jefes de la familia no tiene apelación.

Los edictos no determinan siempre un género de penalidad contra los que los infrigen. Se deja al buen sentido de los magistrados y á sus sentimientos de justicia aplicar al culpable el castigo que merece según el rango que ocupa en fortuna, en instrucción, etc.

Jamás ocurre que un edicto vaya acompañado de explicación alguna; el deber de todo buen ciudadano japonés es no discutir en ningún caso y admirar siempre. Que adivine ó no sus razones, debe aplaudir todo edicto que aparezca, sometiéndose á él; la menor discusión sobre la oportunidad de una ordenanza cualquiera atraería un castigo grave al que discutiera. Cuando las dos partes aparecen culpables en un proceso, el magistrado las condena á las dos. Este temor impide que se entablen muchos negocios arriesgados por parte de ciertos demandantes, que no sintiéndose con la conciencia enteramente limpia, prefieren arreglarse amistosamente.

El falso testimonio es castigado severamente; la mentira ante la justicia está considerada como un crimen horrendo, y ni aun para defenderse se tolera la mentira al acusado, que si trata de inducir la justicia al error, es objeto de una pena más severa.

Todos los que han pasado algún tiempo en el Japón están de acuerdo en elogiar la integridad, el buen sentido y la perspicacia de los magistrados de este país. Ponen el mayor cuidado, tocando todos los resortes, en dilucidar perfectamente las cuestiones y en desenmascarar la impostura, lo que no impide dar á los procedimientos toda la solemnidad y dignidad que deben reinar siempre en el templo de la justicia.

El sentimiento de igualdad ante la justicia ha condenado á los japoneses á una consecuencia extravagante: la pena de muerte se impone en principio á todo el que comete un delito, sea el que quiera. Para ellos la diferencia que existe, aun sufriendo cualquier otro castigo de igual clase, entre un hombre sin instrucción, pobre, per-

teneciente á la última clase social y un príncipe rico, instruído y poderoso, no puede hacerse desaparecer sino cortando á ambos la cabeza. El medio es, con efecto, seguro, pero un poco violento; y á la verdad que la mayor parte de nosotros, colocados en el caso del paisano japonés, preferiríamos vivir menos bien que un príncipe castigado con igual pena por el mismo delito, á ser decapitado con él. Por lo demás, esta igualdad no existe en definitiva en el Japón, donde los grandes señores y los nobles obtienen siempre lo que se niega á los criminales vulgares: el favor de abrirse ellos mismos el vientre ó hacerse cortar la cabeza por un individuo de su familia. Este género de muerte es considerado como menos deshonroso que la recibida de manos del verdugo. En el mayor número de casos, los criminales pertenecientes á la aristocracia se abren las entrañas con sus sables, borrándose en la opinión los crímenes más atroces por medio de esta muerte regeneradora, que es la muerte de los bravos. El noble condenado reúne á su familia y á sus amigos, se coloca sus mejores vestidos, arregla una fisonomía regocijada y pronuncia una alocución. Cuando está terminada, afecta redoblar su alegría: desabrocha la cintura, se descubre el vientre, y desenvainando el sable, se da dos golpes vigorosos en forma de cruz. Si con las entrañas abiertas conserva todavía la fisonomía sonriente y tiene aún alguna fuerza y valor para pronunciar algunas palabras, su muerte se hace heroica, y su nombre, citado con orgullo por la familia á que pertenece, pasa á la posteridad. Los bienes del criminal que ha podido obtener el favor de abrirse el vientre ó de hacerse cortar la cabeza por uno de sus parientes, no son confiscados como las propiedades de los criminales ejecutados por el verdugo, que pasan al dominio del Estado.

Cuando las leyes de un país son exageradamente severas, es seguro que serán mitigadas por los jueces en su aplicación. Esto es lo que sucede en el Japón; si el homicida es castigado siempre con la muerte, otros muchos criminales, menos culpables á los ojos de los dispensadores de la justicia, son condenados á prisión ó á la deportación. La prisión es más ó menos rigurosa y más ó menos humillante en relación con el rango á que pertenece el culpable. La equidad japonesa quiere que en igualdad de delito el noble y el rico sean castigados más rigurosamente que el hombre del pueblo y el miserable. Este mismo espíritu de equidad hace que nunca se impongan multas que perjudiquen menos al rico que al pobre.

Hay dos clases de prisiones en las ciudades del Japón. La primera, menos infamante, y en que los condenados son tratados con menos dureza, se llama *raya*, lo que literalmente significa jaula. Por los detalles que hemos podido recoger acerca de ella, ofrece el carácter de las prisiones celulares. La otra especie de prisión ha tomado el nombre de *gokuya*, que quiere decir infierno.

El *gokuya* es, con efecto, un espantoso infierno. Edificado en forma de castillo, las prisiones de esta especie están generalmente situadas en el interior del palacio del gobernador de la ciudad, lo que, dicho sea de paso, no parece lo más á propósito para amenizar la morada de este elevado funcionario. Uno de los suplicios que se aplican á los desgraciados condenados á vivir en estas horribles prisiones, es el de amontonarlos los unos sobre los otros, de tal manera, que suelen hallarse al poco tiempo ahogados.

No hay en esta prisión sino una pequeña puerta, que no queda jamás abierta sino para la recepción ó la despedida de los prisioneros. Un hombre libre no penetra jamás en tan espantoso albergue.

El alimento no se distribuye por raciones, y como es siempre insuficiente para los presos, se precipitan éstos en masa sobre la pitanza común, pudiéndose adivinar las espantosas escenas que ocurrirán. Los prisioneros se entregan entre sí á hechos salvajes, como harían perros hambrientos, que terminan á veces por la muerte de alguno de ellos, sin que nadie, suceda lo que quiera, venga á poner orden en aquel infierno, que tan merecidamente lleva este nombre, y en que los enfermos perecen en absoluto abandono, abriéndose para ellos la puerta de la prisión cuando va á salir su cadáver solamente. Nunca tienen luz por la noche ni fuego en los días de frío más riguroso. Por toda luz durante el día y por ventilador, tienen una pequeña ventana enrejada en el techo, que arroja sobre ellos una luz triste y lejana, acompañada de un poco de aire que se vicia antes de llegar al interior. No tienen cama; se acuestan como pueden los unos sobre los otros por el suelo. Todo lo que pudiera servir para ocupar la inteligencia ó dulcificar sus sufrimientos, les está absolutamente prohibido.

Al entrar un prisionero en una *gokuya*, se le registra minuciosamente para asegurarse de que no lleva consigo libros, ni papel para escribir, ni lápiz para dibujar, ni instrumento para tocar, ni tabaco, ni ningún instrumento, ni materia primera con que pueda dedicarse á trabajos manuales. En estas prisiones, de una barbarie sin igual, los más fuertes y robustos ponen la ley á los demás, y nada igualaría seguramente en horror á

los misterios del *gokuya*, si llegara alguna vez á poder revelarlos algún prisionero.

Existe para los réprobos de los infiernos japoneses un reglamento que demuestra una vez más el cuidado que los magistrados japoneses ponen en hacer la penalidad igual para todos. Si algún noble ó hombre rico, condenado á la prisión de *gokuya*, quiere alimentarse mejor, puede hacerlo, pero con condición de que los demás prisioneros gozarán del mismo beneficio, pagando él por todos. Si un criminal noble desea un día comer, por ejemplo, un pollo, y hay cincuenta prisioneros con él, se ve obligado á costear cincuenta pollos, y así de todo lo demás. Cuesta, pues, muy caro al criminal rico mejorar su condición en la *gokuya*, y repugnaría enormemente á los japoneses en su vivo sentimiento de justicia pensar que el criminal rico pudiese comer más ó mejor que los criminales pobres.

Las correcciones corporales se emplean frecuentemente con los acusados convictos; se les azota ó se les aplica la *bastonada*, sucumbiendo bajo los golpes muchos de estos desgraciados. El talento del verdugo, cuando ve que la víctima no es bastante fuerte para sufrir la pena sin morir, consiste en arreglarse de manera que no lance el último suspiro sino con el último azote ó el último bastonazo. Como es necesario que el paciente sufra el número de golpes á que ha sido condenado, vivo ó muerto, el verdugo cifra su vanidad en no golpear á un cadáver, y combinar perfectamente la fuerza de resistencia de la víctima con la acción destructiva del castigo.

A los testimonios de los viajeros, que aseguran haber visto cometer en el Japón las atrocidades que acabamos de descubrir, hay que oponer el de algunos holandeses que han sido testigos de ejecuciones capitales cerca de Nagasaki. Estos aseguran que en estas tristes circunstancias ocurre todo de una manera regular, sin crueldad de parte de los ejecutores ni espectadores. El preso es conducido al lugar designado fuera de la ciudad, á caballo y atados los brazos con las piernas. Se le puede ofrecer refrescos y tabacos, y le es lícito cambiar algunas palabras con los que se dirigen á él, pintándose la compasión en todos los semblantes. Los jueces asisten á la ejecución vestidos de sus insignias. El condenado es desatado y bajado del caballo con dulzura; el verdugo, para hacerse perdonar de la víctima, á quien va á herir en nombre de la ley, le ofrece un vaso de *saki* con pescado seco, frutas y pastas; el condenado acepta y divide esta última comida con los amigos que le acompañan, comiendo sin precipitación, mas sin tratar tampoco de ganar tiempo. Cuando acaba, se vuelve hacia el verdugo y se pone á su disposición; se le hace sentar en tierra sobre una estera entre dos montones de arena, y uno de los oficiales de justicia lee la sentencia. El verdugo permanece detrás del condenado, y á la última palabra de la sentencia, la cabeza del condenado, cortada de un golpe, va á rodar sobre la arena, mientras el cuerpo conserva la posición en que se sentó. El verdugo coge la cabeza y la fija en un poste, sobre el cual se lee la relación del delito cometido por el ejecutado. Así permanece expuesta aquella cabeza á las miradas del público durante tres días, hasta que se permite á sus parientes ó amigos hacerla enterrar con el cuerpo.

Los japoneses conocen de tiempo inmemorial la fabricación del cristal, que también saben colorar. Antes no hacían vidrios, pero ya lo han aprendido de los europeos, aunque no se sirven de ellos para las ventanas de sus casas. En todas las ciudades del imperio se ve sustituido en las ventanas por una especie de papel de hule de una transparencia notable.

Aquí es ocasión de decir que la fabricación del papel es uno de los ramos más importantes de la industria japonesa. Yo mismo he tenido ocasión de ver una pieza de pañuelos japoneses de papel en un curioso y rico museo. Estos pañuelos de papel tienen las dimensiones de un pañuelo de niño, y me atreveré á añadir que no me han parecido de tal consistencia que no ofrezcan cierto peligro para los constipados de cabeza. Acaso no se constipen jamás de este modo los japoneses, como se siente uno inclinado á creerlo al ver sus pañuelos de bolsillo.

M. CONSTANT.

(Se concluirá.)

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Mujeres napolitanas.—Reproducimos un célebre cuadro de un artista italiano que, con el título que antecede, ha compuesto un interesante grupo de tres hermosos tipos del Mediodía de Italia, donde la naturaleza y las mujeres han realizado el *non plus ultra* de la belleza.

Égloga.—Si algún moderno Garcilaso quiere inspirarse para escribir una poesía campestre, ahí tiene esos dos pastores que llevan á pastar á la vega sus respectivos ganados y cambian sus primeras miradas de amor en medio de la soledad de los campos.

Después... ya no acuden únicamente á dar de comer y be-

ber á los inocentes corderillos, sino á cambiar tiernas frases é interminables promesas mientras el rebaño se solaza y sesteaba confundiendo las razas y multiplicando la especie.

Un día de campo.—En todos los tiempos ha habido gente joven y alegre amiga de divertirse y de espaciar el ánimo en el seno de la fecunda y saludable naturaleza.

Hé ahí ese grupo de hermosas muchachas y de apuestos galanes en una jira campestre, que después de comer sabrosos fiambres y de beber exquisitos vinos, corren y bailan en apretado haz, formando el más encantador y artístico grupo que pudiera soñar la fantasía, y que ha servido de asunto á un precioso cuadro de autor alemán.

Monumento á Colón en Méjico.—Este grandioso monumento, erigido por el entusiasta y noble pueblo mejicano al descubridor de América, se halla situado en la Plaza de la Reforma de la capital de la República, que es uno de los más hermosos paseos de dicha población.

Le costeó el rico capitalista D. Antonio Escandón, próximo ascendiente de la bella señorita que se casó con el hijo segundo del Duque de Fernán Núñez y hoy es Duquesa de Montellano.

El pedestal de la estatua del gran descubridor está colocado sobre un extenso basamento cuadrado, en cuyos ángulos hay cuatro figuras decorativas, que son: Fr. Juan Pérez, guardián del convento de la Rábida; el sabio protector de Colón, Fr. Diego de Deza, y los grandes amigos y apóstoles de los indios Fr. Bartolomé de las Casas y Fr. Toribio de Benavente, á quien llamaban los indios Motolinia. Este ilustre y santo varón fundó la ciudad de la Puebla de los Angeles, donde don Alejandro Arango y Escandón ha nacido.

No estará de más recordar aquí que el egregio mejicano, á quien en gran parte se debe la hermosura del monumento, costeado por su tío, es uno de los más notables hombres políticos, literatos y poetas de aquella República. Se educó en Madrid y fué muy amigo del Sr. D. Eustaquio Fernández de Navarrete. Ha protegido y fomentado mucho las letras en su patria, y singularmente el estudio de las lenguas sabias, latina, griega y hebrea. Ha escrito y publicado un estudio histórico y crítico muy estimado sobre Fr. Luis de León, una Gramática hebrea, un tomo de poesías y otras obras interesantes.

Es ó fué uno de los más notables hombres de Estado del partido conservador.

Ha ocupado los más importantes puestos, y es académico correspondiente de nuestras Reales Academias Española y de la Historia.

Pero volviendo al notable monumento, que tanto debe á estos ilustres mejicanos, añadiremos que mide catorce metros de alto, y que en los planos entrantes del segundo cuerpo están esculpidas en relieve, en dos de sus caras, escenas del desembarco de Colón en las primeras islas descubiertas, y en las otras dos el nombre del Almirante y una de sus cartas á la Reina Católica.

En los cuatro ángulos se ven las cuatro estatuas sedentes de que ya hemos hablado, fundidas en bronce, y entre ellas destaca esbelto pedestal sobre el que se alza la estatua de Cristóbal Colón levantando el velo que oculta la mitad de nuestro globo.

Tiene la estatua tres metros setenta centímetros de alto, y fué obra del escultor Mr. Charles Cordier.

Santa Cruz de Tenerife.—Las islas Canarias, ricas por la fecundidad de su suelo, son á su vez por su posición topográfica un importante punto comercial entre los continentes de Europa, Africa y América.

De Santa Cruz de Tenerife damos el grandioso puerto y muelle sin rival, que, por su construcción, aventaja á los más notables puertos europeos.

ADVERTENCIAS

Á NUESTROS ABONADOS.—Á causa de los rigores de la estación nos vemos precisados á suspender por unos números la estampación de las fototipias.

En breve reanudaremos la publicación de éstas, en la misma forma que antes.

Ponemos en conocimiento de los señores correspondientes que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**
De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARÍA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

BUEN NEGOCIO

El dueño de un molino harinero de cuatro piedras, sito en las riberas del río Guadiana, término de Guareña, provincia de Badajoz, solicita para la reparación de dicho molino, destrozado por completo por las crecidas del río en el mes de Marzo último, la cooperación de un socio capitalista que se comprometa á reedificarle. El dueño cede la mitad de la propiedad del mismo. La renta del expresado molino solía ser de 30 á 32.000 reales, según los años (mal administrado); por consiguiente, con una buena administración puede hacerse producir 40.000 reales. El costo de las obras podrá ser de 70 á 80.000 reales. La persona que quiera más detalles puede dirigirse á D. Ricardo Collar y Ossorio, Guareña, provincia de Badajoz, y se le darán cuantos datos sean necesarios sobre el asunto.

Se venden cuatro muelas francesas y una grúa en buen uso.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR FORT

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En
publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Victor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisperitos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De *El Firmamento*, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y cartera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan *Americanos ó de pared*, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanaques, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTISTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veuillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.
Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.